

¡TRANSPORTAME SCOTTY!

Miquel Barceló

Cuando la ciencia ficción aborda tramas estelares a escala galáctica, no tiene más remedio que postular nuevos medios de transporte y de comunicación. Es ya clásico el recurso al *hiperespacio* para cruzar esas grandes distancias, o el uso de instrumentos de comunicación instantánea como el *ansible* basado en un supuesto "principio de simultaneidad". Pero uno de los procedimientos más curiosos, imposibles y, además, espectacularmente famoso es viajar gracias al uso de *tele-transmisores de materia*.

Un tele-transmisor de materia es una máquina del todo imposible en términos de la ciencia y la tecnología que hoy conocemos, pero que los autores y lectores de ciencia ficción han convenido en imaginar posible en un futuro. Un tele-transmisor de materia, simplemente, transmite materia a distancia de modo instantáneo.

Aún con el margen de incredulidad que tal aparato despierta en el lector avisado, hay diversos grados de elaboración en el uso de los tele-transmisores de materia. Uno de los más famosos y absurdos es el que aparece en la serie televisiva *Star Trek* (producida por Gene Roddenberry desde 1966) que, en determinados ámbitos, ha hecho famosa y coloquial la frase habitual con la cual el capitán Kirk daba la orden de ser trasladado: "*Beam me up, Scotty*".

Lo divertido de este ejemplo es que la nave Enterprise podría, convengamos, disponer de un aparato emisor de materia, pero lo cierto es que sólo por arte de magia, ésta puede volver a tomar su forma y estructura en los sitios más dispares, sin que ninguna máquina receptora esté presente allí para "recomponer" al personaje "transmitido".

Pese a todo, gracias a tal artefacto, los tripulantes de la nave estelar Enterprise pueden visitar todo tipo de lugares y "planetizar" en todo tipo de mundos, sin tener que preocuparse por minucias tan molestas como la reentrada en la atmósfera u obtener la necesaria velocidad de escape para retornar a la Enterprise.

Cuando se piensa que, además, los tripulantes de la Enterprise tienen la suerte de encontrar siempre planetas con atmósfera respirable y seres de otras especies y culturas que hablan un perfecto inglés, se entiende que estamos ante un conjunto de fenómenos particularmente extraordinarios, entre los cuales el misterio de la tele-transmisión de materia sin receptor no es precisamente uno de los mayores.

Digamos, de pasada, que otros autores son más cuidadosos en su uso de la tele-transmisión de materia. Así lo hace, por

ejemplo, Marion Zimmer Bradley en *Viaje interminable* (1975), donde imagina una civilización galáctica que dispone de los Transmisores como herramientas para el tele-transporte instantáneo de todo tipo de materia. Para que dicha transmisión sea posible, es necesario que los Exploradores viajen, previamente, a velocidades sublumínicas hasta encontrar un planeta adecuado e instalar el extremo del Transmisor que actuará de aparato receptor. La novela analiza también los problemas de esos Exploradores a quienes la dilatación relativista del tiempo convierte en una casta de marginados condenados a vivir sin contar con los planetas a los que, pese a todo, prestan un servicio de gran valor.